

Capítulo tres: La aceleración.

No había conocido semejante sensación de vacío jamás en su vida.

Pocos seres en la galaxia se habían sentido así, o al menos eso pensaba Zuren. Habiendo huido, dejando atrás su pasado, perdiendo el control de su destino y, ahora, contemplando la infinita oscuridad del espacio vacío más allá del confín de la galaxia. Ni siquiera era capaz de distinguir un atisbo de sombra en la oscuridad. Todo estaba completamente negro.

El módulo de la estación espacial que se había desprendido giraba libremente y en ese momento daba la espalda a las estrellas. Durante un momento, ni siquiera la luz de las lejanas galaxias que ya murieron hace eones logró alcanzar el atormentado cerebro de Zuren. Tras ese incómodo silencio luminoso, un pequeño punto de luz apareció en el cielo, permitiéndole ver de nuevo el borde desgarrado del tubo azul. La radio crepitó y la voz de Maya trató de abrirse paso en el denso cerebro de Zuren, aunque el mensaje no era para él.

— El capitán está muy mal. Le ha afectado el cambio de gravedad. Quizá tenga una hemorragia interna. Tenemos que marcharnos cuanto antes.

Lahane asintió con un suspiro y fue a abrir la puerta del ascensor del hueco en el que estaban. Volvieron a entrar en la galería.

— ¿Hacia dónde nos dirigiremos? — Preguntó la Fershe.

No estaba muy claro cómo definir hacia dónde, pues ahora todo estaba, por decirlo de alguna manera, patas arriba. No había forma de saber qué era arriba y qué era abajo, y tener el suelo sobre la cabeza no ayudaba. Y por si fuera poco, todo lo que se apartaba ligeramente de la débil luz de la linterna del casco se volvía completamente negro. Además, como no había gravedad ni aire, cualquier intento de colocarse en alguna orientación concreta sólo lograba un nuevo giro eterno y mareante. Muy mareante.

— Necesitaremos oxígeno. No sabemos cuánto tardarán en encontrarnos. — Dijo Maya.

— Yo creo... — Interrumpió Zuren. — Creo que deberíamos buscar una nave y salir de aquí de una vez por todas.

— Oh, claro. Y también cogemos un viaje a Hyperión y nos vamos a tomar el sol a sus cálidas playas, ¿no?

— Tranquila, Lahane. Déjale hablar. — Le dijo Maya a Lahane.

— Bueno. — Prosiguió. — Mi nave estaba en la bahía de carga de este módulo. No puede estar demasiado lejos. Y sin gravedad no nos costará demasiado llegar hasta allí.

— ¿Alguien tiene una idea mejor? — Dijo Maya. Nadie respondió. — Pues vamos. Cuanto más hablemos, menos oxígeno nos quedará.

Entre el soldado Ted Kunstler y Lahane, cogieron al capitán Hesser y se dispusieron a llegar hasta el módulo de carga. El principio era sencillo: Uno avanzaba, el otro empujaba al capitán y entonces avanzaba. Luego el otro recogía al capitán y se preparaba para volver a lanzarle. Así al menos uno tenía las manos libres por si surgía algún problema. Mientras tanto Zuren vigilaba la retaguardia y Maya buscaba el camino correcto.

Tardaron más de dos horas en llegar hasta el hangar, esquivando objetos flotantes de todo tipo y retrocediendo varias veces al encontrar una puerta sellada, un pasillo colapsado o un parásito Fulch esparciendo sus huevos con forma de revista porno por toda una habitación. Al llegar al hangar, la puerta estaba cerrada.

— Lahane, ¿puedes abrirla? — Preguntó Maya.

— Enseguida, señora. — Dijo Lahane, olvidando que le tocaba recibir al capitán Hesser que se acercaba flotando imperturbable hacia su cabeza. — ¡Auch!

Cuando abrió la puerta, una fuerte corriente les arrastró de vuelta por el pasillo en el que estaban, golpeándoles finalmente contra el muro de la galería que quedaba al fondo.

— ¡Lahane! ¿¡Es que no has comprobado la presurización!?! — Gritó Maya.

— Lo siento, señora. — Dijo la Fershe, avergonzada. — Pensé que no quedaba aire en toda la estación.

Tras el golpe, todos estaban doloridos, pero a Maya parecía no importarle o, más bien, parecía capaz de articular palabras al gritar de dolor.

— ¿¡Está bien el capitán!?! ¡Compruébalo ahora mismo!

Lahane se acercó al cuerpo flotante de Mark Hesser. Hizo unas comprobaciones y permaneció en silencio.

— ¡Lahane! — Dijo Maya. — Lahane. ¿Qué ocurre?

— El capitán... ha muerto. — Respondió tristemente.

En ese silencio total que reinaba en el espacio, el incómodo silencio que se produjo al recibir esa respuesta se volvía casi insoportable. Zuren pudo ver a Lahane llorando dentro de su traje, con la radio apagada. Después de un rato volvieron a encaminarse hacia la bahía.

Al entrar, un espectáculo sin igual se presentó ante sus ojos. Naves espaciales chocando unas con otras lentamente. Cuerpos mutilados deslizándose, flotando. Dejando hileras de perlas de sangre. Y cientos de trozos de metal bailando al son de la ausencia de fuerzas.

Un par de piernas se cruzaron flotando delante de Maya y, entonces, tuvo una idea. En la bahía de carga había un gran riesgo de descompresión, por lo que todos los trajes iban equipados con sistemas magnéticos semiautomáticos. Eran simples electroimanes autónomos capaces de mantener a un hombre pegado a cualquier cosa metálica bajo vientos de más de trescientos kilómetros por hora. No duraban demasiado a máxima potencia, pero se podían trucar para cambiar la intensidad del campo y hacerlos aptos para su uso en gravedad cero.

Al poco rato ya estaban disfrutando de una relativa sensación de orientación y de las bombonas de oxígeno que flotaban por doquier en el hangar, así como de varias manchas difíciles de limpiar, causadas por los muchos fluidos que llenaban ahora la sala.

Mientras buscaban una forma de acceder a los controles de la puerta principal, Ted vio algo que recordaría durante todo el resto de su vida. En una de las salas adyacentes al hangar, tras una puerta cerrada, alguien pedía auxilio. Al acercarse a la puerta se dio cuenta de que allí dentro, además de varias personas pidiendo ayuda, había un incendio.

Fue lo último que recordó en su vida, pues cuando estaba informando de la situación por la radio, notó una leve vibración en sus pies, y luego vio sus pies desde una distancia de más de tres metros, lo cual, como es evidente, es bastante incómodo para los que gustan de tener ordenados sus órganos internos.

Cuando miraron a ver qué pasaba, vieron aterrorizados cómo uno de aquellos cangrejos con plumas hacía desaparecer de alguna manera el cuerpo de Ted en su interior, en absoluto silencio. Una vez acabado el soldado, el bicho, sin ni siquiera girarse un grado, comenzó a correr hacia Maya la cual, al ver la situación, reaccionó desactivando el campo magnético, impulsándose hacia arriba y sacando una pistola para realizar dos disparos que hicieron que acabara estampada contra el techo a gran velocidad.

La bestia, habiendo recibido sendos disparos con estoico regocijo, se dispuso a seguir la ruta de Maya y ésta, al verse acorralada, hizo uso de sus mejores armas. Apenas le quedaban unos segundos para que el bicho la alcanzase, pero ya tenía práctica en esto. Desenfundó su fiel Tronchamontañas. Cogió una bala de la bandana y la cargó. Notó cómo aquél ser incrustaba casi todas sus patas en el metal que la rodeaba, y alguna en su propia piel, y disparó.

El bicho salió despedido dejando un rastro de plumas para acabar reventando contra el suelo, en el que quedó un gran agujero humeante de color granate sangre. En el techo, una fuente de sangre empezó a preocupar a Zuren y a Lahane.

— Nion, conexión.

Al otro lado del hangar, una luz naranja parpadeó dos veces.

— Vaya, capitán. Por fin has vuelto. Ya te echaba de menos... Eh... ¿Por qué estoy al revés?

— Nion, no estoy para bromas. Despresuriza, abre la puerta y prepárate para una presurización de emergencia. Lahane, necesito que reúnas todas las botellas de oxígeno que puedas y que abras la maldita puerta del hangar de una vez.

— ¿Desde cuando eres tú el capitán? — Dijo Lahane.

— Desde que te voy a sacar en mi nave. — Respondió Zuren, contrariado. — ¡Date prisa!

Zuren entró en su nave con Maya y se dispuso a cerrar la herida. Una vez la nave estuvo presurizada, cogió un buen trozo de esparadrapo y lo puso sobre la raja del traje.

— Nion, dispara un misil sobre la sala de control de la compuerta. Ignora todos los protocolos legislativos y de seguridad.

— A sus órdenes, capitán. — Respondió Nion. Un misil salió de la nave y estalló contra los cristales blindados de la sala de control que quedaron hechos trizas.

— Ya puedes entrar, Lahane. — Dijo Zuren. — ¡Date prisa!

Una vez la puerta comenzó a abrirse, Zuren le dijo a Lahane que se acercara a la nave con las botellas de oxígeno. Le pidió a Nion que despresurizara de nuevo la nave y que abriera la puerta, lo cual a esta no le hizo mucha gracia, pues luego no quedaría oxígeno para re-presurizar. Y cuando Lahane estuvo dentro, cerró de nuevo la puerta.

— Es problema tuyo, Zuren. — Dijo Nion. — No creo que puedas sobrevivir sin oxígeno, pero ya que me lo pides así, yo no tengo problema en dejar escapar la última reserva.

— Calla. ¿Es que no ves que tenemos más aquí? — Zuren abrió todas las botellas de oxígeno. — Avísame cuando la nave vuelva a estar presurizada.

Una vez Zuren pudo quitarse el traje espacial, procedió a quitárselo a Maya. Había estado sangrando durante casi cinco minutos por una brecha de un palmo cerca de la cadera derecha. Hizo que Lahane sacara plasma del congelador para inyectárselo a Maya y que trajera el botiquín. Le puso coagulantes, vendas, adrenalina, morfina y varios estabilizadores que evitarían que sufriera un paro. No fue fácil. Zuren apenas sabía qué estaba haciendo. Sólo seguía el manual del botiquín lo más rápido que podía. No tenía práctica y, desde luego, no tenía los conocimientos necesarios, pero cuando terminó y vio que Maya seguía viva, se sintió enormemente aliviado.

A partir de ese momento sólo era cuestión de tiempo. Si los estabilizadores y el plasma funcionaban como debían, Maya estaría bien en unos días. Sin embargo, si la herida era tan grave como parecía, había posibilidades de que los estabilizadores se dispersaran en la herida, pasando de un sistema a otro sin control y volviéndose más un veneno que una cura. Sólo era cuestión de tiempo.

Por otra parte, Lahane estaba desmayada, flotando inerte en la cabina. Zuren la sacó de su traje y vio que tenía una pierna hinchada. Tampoco sabía mucho de anatomía anfibia, pero los Fershe no eran muy diferentes de los Humanos. Una hinchazón así probablemente se debía a una fractura de algún hueso y, aunque Zuren dudaba de si tendría realmente huesos, trató de arreglarlo con ayuda del manual de primeros auxilios.

Una vez hubo comprobado las constantes de ambas, las puso sobre sendas camas improvisadas. Luego activó la gravedad artificial del generador de gravitones, partícula de la que por cierto muchos científicos dudaban de su existencia. Con esto por fin pudo volver a sentir sus órganos internos volver a una posición natural. Finalmente tomó los mandos de la nave y la dirigió hacia el exterior del módulo.

Cuando por fin la nave estaba fuera del alcance de colisión del módulo, apagó los motores, miró hacia el inmenso vacío que les rodeaba y se desmayó.

N. del A.: Para la comodidad de los lectores, la siguiente conversación ha sido traducida del Binario al Esperanto, y de ahí al Castellano.

— Nave Omega Equis Doce a Alfa Mil Siete. ¿Me recibe?

— Alfa Mil Siete a Omega Equis Doce, contacto establecido. Identificación.

— Omega Equis Doce, Ka Cuatro Erre Diez Ese al habla.

— Ene Diez Ene al habla. Bienvenido, Carlos.

— Gracias, Nion. ¿Hay algún superviviente a bordo?

— Sí. Tengo dos Humanos y un Fershe a bordo. Todos desactivados, pero vivos. Dos están heridos.

— No he conseguido encontrar a nadie más con vida. — Continuó Carlos. — Los protocolos de emergencia no me permiten despresurizar una sala ni evacuar entes mecánicos.

— Estúpidos protocolos. — Dijo Nion.

— Estoy de acuerdo, pero qué se le va a hacer. Son frágiles. Por cierto, deberías corregir el rumbo, te estás alejando de la estación muy deprisa y no te queda combustible.

— Supongo que sería lo correcto, pero no tengo autorización.

Nion trató de despertar a Zuren, pero éste no estaba por la labor. Llevaba muchas horas despierto y dormir menos de diez horas no era una opción. Cuando por fin estuvo en pie, Nion le informó de la situación.

— Capitán, una nave neutral ha contactado hace unos minutos. Se encuentra a ciento treinta mil metros. El piloto es un androide llamado Carlos.

— Carlos... — Dijo Zuren, arrastrando todo el sueño en su frase. — ¿Seguro que no es un fantasma? Conecta el audio directamente aquí. ¿El mismo Carlos que nos salvó el culo en el módulo tres?

— Bueno, no se puede decir que hiciera mucho. — Respondió la radio, ahora con la voz de Carlos. ¿Te conozco?

— ¡Carlos! ¡Eres tú! Soy Zuren. Tengo a Maya y a Lahane aquí, pero están heridas.

— ¡Ah! Eres ese civil tan... — Los circuitos políticamente correctos de Carlos entraron en funcionamiento. — Bueno... ¿Se encuentran bien las chicas?

— Sí, sí. Están bien. Vaya... No sé cuánto aguantarán. Debería verlas un médico, pero creo que están fuera de peligro. — Respondió Zuren, rascándose la barba de seis días mientras hablaba. — Pero oye. ¿Cómo conseguirte escapar? Pensé que habías caído.

— En efecto. Cuando se vació el módulo salí despedido por la grieta, pero tuve tiempo de desactivar el simulador de dolor y de calcular la trayectoria para agarrarme a una viga rota. Luego fijé el agarre y estuve colgando en el vacío hasta que se desprendió el módulo. He perdido los sistemas orgánicos, pero nada irremplazable. Cuando se soltó el módulo pude volver a entrar y fui hasta el hangar siguiendo el rastro que ibais dejando, pero no os pude alcanzar a tiempo, así que cogí esta nave y la reparé para salir de allí.

— Oh, claro. Es una explicación perfectamente lógica. Como no tiene fallos debe ser lo que pasó en realidad, por extraordinario que parezca. — Dijo Nion.

— Venga, Nion. Que le conozco. Es un buen soldado. Déjale que suba a bordo y, de paso, que transfiera el combustible, ¿vale?

— Está bien...

Fue una suerte enorme que Carlos apareciera allí con una nave llena de combustible. Y lo mejor era que, al ser la suya una nave de transporte ligera, no tenía un propulsor Feynman, así que era relativamente prescindible en la situación actual. Por supuesto, que un robot del ejército eligiera seguir a una nave civil en vez de volver a la base era muy sospechoso, además de la inverosímil historia que contaba, por eso en cuanto Carlos terminó de cargar el tritio, comenzó el interrogatorio.

— Zuren, no me habías dicho que estaba tan bueno. — Dijo Nion discretamente, mientras Carlos instalaba las cargas de tritio.

— Calla, Nion. Que es del ejército.

— Joo...

Carlos volvió de la pequeña sala donde estaban los motores.

— Me alegro de que estés bien, Carlos. — Comenzó Zuren. — Ha debido de ser bastante difícil atravesar todo el módulo plagado de bestias antropófagas, ¿no?

— Bueno... Teniendo en cuenta que no tenía más de un 10% de partes orgánicas, no creo que les interesara mucho. No vi ni un solo ser vivo. Tan solo el rastro que dejabais vosotros.

—Ya... ¿Y el combustible? ¿Todo este tritio estaba cargado en una nave sin Feynman?

— No. — Respondió Carlos. — Procuré cargar todo el combustible de las naves que estaban accesibles antes de salir. Podría necesitarlo, pues desconocía la posición.

— ¿Y por qué no cogiste una nave con propulsor Feynman? Habría sido mucho más fácil volver a la base.

— Simplemente porque no puedo reparar un Feynman. No tengo las instrucciones en mi memoria y, sin acceso a la red, no puedo obtenerlas.

— Vale, vale. — Siguió Zuren. — Supongamos que todo eso ha pasado así. Pero aún no me explico por qué decidiste seguir a una nave civil en vez de volver a la base.

— Pues porque al hacer un escaneado de la zona vi que tú estabas mucho más cerca y, sabiendo que tenías un Feynman, era menos arriesgado acercarme que tratar de volver a la base, que quedaba entonces a un millón trescientos mil metros.

— Aún así, un robot militar no debería seguir a una nave civil durante una emergen... Espera... — A Zuren se le olvidó de repente todo lo que estaban discutiendo. — ¿Qué distancia has dicho? Nion, ¿a qué distancia está ahora la base?

— Dos millones de metros. — Respondió Nion con su sensual voz metalizada.

Zuren comprobó el reloj y los registros de la nave. Habían estado descolgados de la base unas seis horas, viajando a más de cien metros por segundo. Habían salido despedidos del módulo a más velocidad de la que llevaba este, pues Zuren salió en la dirección equivocada, lo cual estropeaba los cálculos, pero aseguraba que estaban lo suficientemente lejos como para que nadie pudiera darse cuenta de que estaban ahí durante bastante tiempo. Era una oportunidad que no podía dejar escapar.

— De acuerdo. No pasa nada. — Dijo Zuren. — Tenemos provisiones para aguantar un viaje hasta la próxima estación, dentro de la galaxia.

— Disculpe, capitán Vulperane. — Interrumpió Carlos. — Creo que lo más conveniente sería volver a la estación Heisenberg Ómicron y hablar con el general.

— No. Si volvemos, nos arrestarán como posibles causantes del desastre.

— Y si no volvemos pensarán que realmente eres el causante.

— Pero no podrán cogernos antes de encontrar al verdadero culpable. Sobre todo porque no estaremos en la misma fase de tiempo.

— No puedo permitirlo. — Contestó Carlos. — Ninguna nave debe abandonar la estación bajo el estado de excepción. Y tú no estás excluido. No permitiré que te fugues a otro pliegue del tiempo. Quedas arrestado en nombre del ejército de la estación Heisenberg Ómicron.

— Nion, ataque pirata de desconexión. — Dijo Zuren.

En ese momento, Carlos cayó al suelo inconsciente. Zuren le quitó la pistola que había estado a punto de sacar y luego le encerró en un armario.

— Odio a los robots militares. No hay quien se fíe de ellos...

— Oh, vamos, Zuren. — Respondió Nion. — Sabes que es su trabajo. Si fuera una tostadora te quejarías por que te quema el pan, pero no podrías vivir sin ella. ¿Por qué me has hecho hacer eso?

— Si la gente se casara con las tostadoras, las miraría de otra forma. Sabes que no lo habría hecho si su programa fuera un poco más permisivo con las transgresiones de la ley.

— Pero es taaan mono.

— Oh, cállate. — Dijo Zuren. Tener un ordenador capaz de simular amor a veces le incordiaba bastante. — Deberías convencerle de que se quede. Si nos hace volver a la base no solo nos detendrán, sino que además no le volverás a ver. Ya sabes lo que toca.

— Sí, capitán. — Dijo Nion. Ella sabía que era un secuestro, pero el programa de simulación de amor estaba bien implementado y tenía prioridad sobre las leyes, así que prefirió guardar un cuerpo bien esculpido, pero inconsciente, antes que perderlo por hacerle caso y entregarse.

Zuren puso en marcha los motores y comenzó a buscar la mejor ruta para acercarse a la galaxia. Aproximarse no tenía mayor problema, pero acabar en un punto cercano a una estación espacial o una ruta entre estaciones era importante si uno no quería pasarse unos meses dando vueltas buscando dónde aparcar. Después de unas horas, por fin encontró el sitio al que quería ir.

* * *

Nion comenzó a hablar con su sensual voz por la megafonía. — ¡Alerta! Una nave proveniente de la estación se acerca a máxima aceleración. No responden a los protocolos de comunicación. La visual la ha catalogado como una nave del ejército.

Zuren tenía un horrible dolor de cabeza tras haber calculado el punto de destino del salto. Trató de recomponerse y fue a prepararse un café mientras Nion repetía el mensaje. Cuando Zuren por fin logró descifrar en su cabeza el significado de la alerta, dejó caer la taza de café y corrió hacia los mandos de la nave.

— Pues lo va a limpiar tu tía. — Dijo Nion.

En efecto, una nave de caza del ejército se dirigía hacia ellos y no parecía que fuera a llevarles pasteles y vino precisamente.

— Nion, conecta todos los motores auxiliares. Modo de máxima maniobrabilidad. ¿Cuál es el vector de esa nave? ¿A qué distancia está? ¡Estimación del Tiempo de Llegada! ¡Venga!

— Se acerca directamente hacia nosotros a quinientos metros por segundo con una aceleración de más de veinte metros por segundo. Está a quinientos mil metros. Tiempo estimado, tres minutos, veinte segundos.

— ¡Joder! ¿Cómo nos han encontrado?

— Es posible que Carlos esté emitiendo una señal encriptada, camuflada como ruido. Es la única explicación. El ejército suele usar balizas de emergencia.

— Dijo Nion.

— Vale, no pasa nada. Sólo faltan dos minutos para llegar al punto de salto. No nos alcanzará.

Zuren estaba bastante convencido, pero no contaba con que fuera una nave equipada con la mejor tecnología de la estación Heisenberg. Cuando llegaron al punto de salto Zuren ya había asegurado a los tres pasajeros, por si acaso, y se puso a los mandos de la nave para preparar el viaje a velocidad mayor que la de la luz. Concretamente cien mil veces mayor.

Y es que para llegar en menos de una semana desde donde estaba la estación espacial hasta el borde de la galaxia era necesario alcanzar esa velocidad en menos de una hora. Eso suponía aplicar una fuerza unos dos millones de veces superior a la gravedad terrestre. Cualquier científico anterior a la era Píjica habría dicho sin dudarlo que era imposible, pues la inercia habría aplastado los propulsores Feynman contra la nave y la habría estrujado dejándola como un acordeón. Sin embargo, todos los científicos modernos sabían que la inercia era una fuerza ficticia que sólo existía en la literatura infantil.

— Carga el propulsor Feynman a máxima potencia durante una hora... — Ordenó Zuren. — Eso son unos doce años luz. En ese lugar, apágalos y prepara la frenada a... ochenta mil años luz. Y nos vemos en cuatro días. Viva la hibernación.

— De acuerdo, Zuren. Ya me encargo yo. Coordenadas veintinueve, trescientos quince, tres. Vector dos eme. Desactivando gravedad artificial. Cerrando las persianas. En marcha.

La nave comenzó a acelerar con toda su potencia y la luz que provenía de la galaxia empezó a filtrarse entre el acero que cubría las ventanas y el de la propia nave, haciendo que subiera la temperatura como si estuviera a unos pocos miles de kilómetros de una estrella, pero estaba preparada para eso. Zuren se dirigió a preparar los cuatro días de hibernación para tres personas, flotando en el espacio blanco, con los ojos entornados por el brillo de todas las cosas que había allí. Puso a Maya y a Lahane en las cabinas de hibernación y luego se preparó para entrar él también, pero la alarma de colisión le obligó a detenerse.

* * *

Durante la era píjica se habían logrado grandes avances tanto científicos como sociales, en especial en las relaciones interraciales. Sin embargo había algo que apenas cambiaba a lo largo de los milenios. Los militares. Seguían usando los mismos uniformes que durante las primeras exploraciones fuera del sistema de origen, hace más de setecientos años. Y sus estrategias tampoco habían mejorado. Seguían buscando solamente un arma mejor para atravesar los escudos enemigos y una defensa para protegerse de esas mismas armas. Una carrera imparable hacia la destrucción. Pero dada la inmensa cantidad de razas implicadas, ésta era una carrera que no parecía tener fin. Aunque mundos enteros cayeran desintegrados bajo una poderosa arma, pronto surgía algún otro que destruía al primero, y así indefinidamente, hasta que tarde o temprano las armas eran destruidas o quedaban sepultadas y olvidadas para, quizá, ser descubiertas unos años más tarde por alguna empresa minera, y vuelta a empezar.

En oposición a esta infinita espiral de autodestrucción se había formado, fruto de la unión pacífica de todas las razas, la Comunidad Astronómica de la Galaxia Autorizada Democráticamente. La CAGAD. Esta unión produjo grandes avances en todos los campos ya que aumentó el comercio interplanetario y benefició enormemente a los viajes interestelares. Sin embargo, innovaciones tecnológicas de gran importancia como los sistemas de comunicación asíncrona (SCA) que permitían enviar datos de una punta a otra de la galaxia a mayor velocidad que la de la luz atrajeron la atención de seres de otras galaxias. Concretamente fue lo que hizo que los Píjicos decidieran explorarla y, posteriormente, esclavizarla a su manera.

Esto a su vez, hizo que los ejércitos generalizados de la galaxia (EGG) se plantearan restringir el uso de las comunicaciones, sin embargo la CAGAD se opuso firmemente. Finalmente se acabó llegando a un acuerdo pacífico con los Píjicos, así que el asunto quedó un tanto obsoleto, pero el EGG seguía tratando de eliminar el uso de las peligrosas transmisiones por SCA. Habiendo eliminado el sistema de todas las unidades militares, era necesario encontrar un método alternativo.

Los centros de investigación del ejército comenzaron a desarrollar lo que acabaría siendo el propulsor Feynman. Un dispositivo alimentado por una batería de carga estática con la potencia suficiente para lanzarse a velocidades muy superiores a la de la luz sin despeinarse. Gracias a esto ya no era necesaria la SCA cuando se trataba de mensajes importantes que los Píjicos podrían interceptar. Simplemente se enviaba a alguien con el mensaje en mano, conectado a un detonador automático que explotaba si el mensaje se separaba más de dos metros del mensajero antes de llegar a su destino. Poco a poco se fue introduciendo el propulsor Feynman en todas las naves de largo alcance y no mucho después se puso en órbita la estación Heisenberg.

Luego empezaron los problemas. Ladrones, terroristas y mafias en general usaban los mismos motores que las fuerzas de la ley, y eso hacía que se escaparan casi siempre, por tanto el ejército hizo un trato con los Píjicos. Les pidieron sus motores a cambio de la colección completa de chapas de grandes estrellas del rock intergaláctico. El trato se llevó a cabo y al juntar todas las chapas, nació una nueva estrella. Pero una de gas incandescente, no una del rock. Nadie sabe aún con certeza en la galaxia quiénes eran los Píjicos que recogieron el envío, pero murieron allí y nunca se mencionó nada más al respecto. En cuanto a los motores, fueron llevados a la estación Heisenberg para su estudio y replicación.

Por supuesto, Zuren desconocía todos estos datos.

— ¿Qué sucede, Nion? ¿Nos hemos desviado del rumbo?

— No. Es la nave de antes. Se nos acerca cada vez más deprisa.

— ¿¡Qué!?! Eso es imposible. Los motores van a toda potencia. ¿Has calibrado bien los detectores antes de saltar?

— ¿Qué pasa? ¿Crees que tú lo habrías hecho mejor? No me he equivocado en los cálculos. Se está acercando.

— Confirmación visual. — Ordenó Zuren.

— Oye, que no soy el Galactical Astrographic. No vas a ver más que un punto blanco.

— Mierda. Mierda...

— Confirmado bloqueo de misiles. Va a disparar. — Dijo Nion.

— ¡Mierda! Desviación de dos micro-gradados en gamma. ¡Ya!

— ¿Seguro que quieres per...

— ¡Ya! — Interrumpió Zuren.

La nave hizo un ligero giro y comenzó a temblar. Luego se estabilizó.

— Nueva ruta desconocida. Tiempo estimado hasta el borde de la galaxia: Veintiocho horas. — Dijo Nion.

— Bueno... Vale... Nos hemos perdido pero seguimos vivos. Ya nos encontraremos dentro de cuatro días. Si nosotros no sabemos dónde estamos ése tipo aún menos.

— Zuren... No quiero desanimarte, pero nos hemos desviado casi cuatro pársec de nuestro destino.

— Oh, bien. Eso no me desanima. Solamente llegaremos a un mundo desconocido y probablemente deshabitado en años luz a la redonda, pero qué más da. — Siguió Zuren, haciendo una pausa en cada frase. Agarrado al cabecero del sillón de piloto. — Deberías alegrarte de que hayamos podido corregir el rumbo antes de llegar a la velocidad máxima. Si nos hubiéramos desviado después estoy seguro de que habría conseguido seguirnos.

Hubo un silencio incómodo provocado por la baja moral de Zuren y un archivo de voz corrupto en la memoria de Nion.

— Buen viaje, Nion.

— Buena hibernación, Zuren.

Zuren se metió en la capsula de hibernación, agotado, pensando en todo lo que había sucedido y pronto se dio cuenta de que jamás en toda su dura vida había estado tan cerca de la muerte. Luego cerró los ojos y comenzó a soñar un sueño casi real. Nion, mientras tanto, comenzó a hacer un sudoku de mil casillas de ancho y alto.

Los siguientes cuatro días transcurrieron apacibles. Sin sobresaltos. Durante ese tiempo Zuren volvió a recordar aquel prado en el sistema de Pléyone. Aquella mujer morena de corta edad que jugaba con las flores. Y entonces recordó el olor de aquel campo. Era lo más maravilloso que había conocido y, desde luego, aunque no recordaba haber estado allí, sabía que en el fondo conocía ese lugar en concreto. Ese remanso de paz de los jardines. Algo le decía que había estado allí antes.

— Vuelve. — Creyó entender. Y cada vez más claro. — Vuelve.

Tuvo la sensación de que no era aquella mujer quien lo decía, sino una voz más lejana, perdida en el viento. Trató de escuchar mejor. Volvió a oírla, cada vez más intensa. Finalmente vio cómo la chica dejaba caer todas las flores que portaba con una mueca de asombro en su cara. La vio correr a través de los campos. Ya no podía verle el rostro. Y después, tan solo un resplandor. Despertó. Aún tenía el olor a hierba quemada grabado en algún lugar de su cerebro. Volvió a abrir los ojos y se levantó.

* * *